

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

De la flor al tallo: cuerpo y belleza en los trastornos alimenticios.

Gramatica, Jorgelina.

Cita:

Gramatica, Jorgelina (2011). *De la flor al tallo: cuerpo y belleza en los trastornos alimenticios*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/286>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

De la flor al tallo: cuerpo y belleza en los trastornos alimenticios

Jorgelina Gramatica

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UNT) y estudiante del Profesorado en Filosofía (UNT). Es ayudante estudiantil en la cátedra de Sociología (Facultad de Filosofía y Letras, UNT).

jorgelina_gramatica@hotmail.com

Haciéndose eco de modelos ideales o imperativos de perfección corporal, inalcanzables pero persistentemente coercitivos, los trastornos de la anorexia y la bulimia se inscriben renovadamente en los cuerpos contemporáneos, configurándose aquellos como patologías epidémicas en la época actual. La aparición de la enfermedad está impregnada de historia y cultura, así como también su valoración.

Si el cuerpo no es sólo materia, si se construye también socio-culturalmente, debemos admitir su filiación con la historia. Reconocer que el cuerpo tiene una historia implica mostrar que, la concepción del cuerpo en el imaginario social y en la vida cotidiana, ha ido mutando y que en este proceso se han ido estableciendo ciertas corporalidades reconocidas como “legítimas”.

Pretendemos mostrar aquí una posible relación del cuerpo con su valor estético –cuya “definición” no es unívoca y se halla, por supuesto, en continua interacción con los otros valores de la vida social-. Este recorrido nos llevará a presentar una acotada historia del cuerpo y su relación con la belleza como construcción socio-cultural. A su vez, en la medida en que desde antaño la mujer es catalogada como “el sexo bello”, hablaremos específicamente de la belleza en femenino.

Como conclusión de este recorrido, pretendemos mostrar cómo en nuestro período histórico y nuestra sociedad Occidental se proclama un estándar de belleza corporal asociado pre eminentemente a la delgadez. El cuerpo se constituye como santuario, blanco de las más variadas técnicas y normas tendientes a configurar una nueva imagen de la belleza que se hace eco en otra forma de manifestarse del cuerpo: los trastornos alimenticios.

Palabras clave: cuerpo, belleza, género, delgadez, bulimia, anorexia.

DE LA FLOR AL TALLO: CUERPO Y BELLEZA EN LOS TRASTORNOS ALIMENTICIOS

El cuerpo en la anorexia y la bulimia: una mirada desde las ciencias sociales y humanas

La enfermedad no existe por separado del cuerpo: para que haya enfermedad es necesario que haya un lugar donde se manifieste.

Ya lo dijo Nietzsche en *La Gaya Ciencia*, “no existe una salud en sí”, es que tanto la vivencia subjetiva como las definiciones culturales influyen en gran medida en lo que llamamos salud y enfermedad. Así, el cuerpo y la enfermedad son recinto de diversos significados correspondientes a distintas percepciones

e imaginarios que el mismo sujeto y la sociedad proyecten sobre él como reflejo de realidades de otras índoles. Esta relación se ve exacerbada cuando el culto al cuerpo intensifica o predispone a la enfermedad, como en la época actual en relación a la anorexia y la bulimia.

Desde el punto de vista antropológico, la salud está vinculada a factores políticos y económicos que pautan las relaciones humanas, dan forma al comportamiento social y condicionan la experiencia colectiva. (...) Esto se debe a que la medicina es percibida no sólo como un conjunto de procedimientos y tratamientos, sino también como un particular conjunto de relaciones sociales e ideologías que los legitiman. (Rapaport, 2000, párr. 9).

Para intentar arrojar luz en los procesos y mecanismos por los cuales las jóvenes que padecen anorexia y bulimia se hacen eco de los actuales imperativos sociales de delgadez debemos establecer algunas consideraciones en torno a las definiciones médicas de estos trastornos de la conducta alimenticia.

(...) encontramos en la literatura psiquiátrica y psicoanalítica casos que han sentado las bases de las propuestas explicativas sobre el trastorno, pero siempre se trataron de casos aislados. Es recién a fines de la década de los 60, y principalmente, a partir de los 70 que se empieza a dar un incremento considerable de la incidencia y se comienza a hablar de epidemia. (Dio Bleichmar, 2000, párr. 26).

A estos fines, desarrollamos las definiciones, causas y factores sociales que predisponen a la anorexia y la bulimia basándonos fundamentalmente en los manuales utilizados para el diagnóstico de casos: el *DSM-IV*ⁱ, de la Asociación Psiquiátrica de los Estados Unidos, y el *CIE-10*ⁱⁱ, de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

¿Qué son anorexia y bulimia?

En *DSM-IV* anorexia y bulimia se incluyen dentro de las enfermedades categorizadas como “Trastornos de la conducta alimentaria”. La Anorexia Nerviosa es definida en relación a los siguientes criterios: “el rechazo a mantener un peso corporal mínimo normal, en un miedo intenso a ganar peso y en una alteración significativa de la percepción de la forma o tamaño del cuerpo. (...) además, las mujeres (...) sufren amenorrea” (Pichot, 1995, p. 553). Por su parte, para el diagnóstico de Bulimia Nerviosa establece que sus características esenciales consisten en:

atraconesⁱⁱⁱ y en métodos compensatorios inapropiados para evitar la ganancia de peso. Además, la autoevaluación de los individuos con esta enfermedad se encuentra excesivamente influida por la silueta y el peso corporales”. (Pichot, 1995, p. 559).

Si bien no es posible separar las condiciones contextuales o socioculturales de la estructura psíquica y las relaciones familiares y afectivas de quienes las padecen, para poder hablar de anorexia y bulimia en los últimos cuarenta años es ineludible hacer referencia a los factores de la cultura Occidental que marcan una notable diferencia con el fenómeno de la anorexia en épocas anteriores: **“el imperativo de la delgadez puede ser considerado como el factor que diferencia a las anoréxicas/bulímicas actuales de las del pasado”**^{iv}. (Dio Bleichmar, 2000, párr. 31).

El objetivo más general de este trabajo es, justamente, destacar este carácter histórico y distintivo -ligado a la sociedad de consumo y los desarrollos del mercado, a la comunicación masiva, al individualismo y sus consecuencias- de la concepción occidental de corporeidad que se manifiesta hoy en jóvenes anoréxicas y bulímicas^v.

DSM-IV, en relación a la Anorexia Nerviosa^{vi}, establece que:

Las características esenciales de la anorexia nerviosa consistente en el rechazo a mantener un peso corporal mínimo normal, en un miedo intenso a ganar peso y en una alteración significativa de la percepción de la forma o tamaño del cuerpo. (...) además, las mujeres (...) sufren amenorrea. (Pichot, 1995, p. 553)^{vii}.

Por su parte, la Bulimia Nerviosa es definida en relación a los siguientes criterios:

Las características esenciales de la bulimia nerviosa consisten en atracones^{viii} y en métodos compensatorios inapropiados para evitar la ganancia de peso. Además, la autoevaluación de los individuos con esta enfermedad se encuentra excesivamente influida por la silueta y el peso corporales. (Pichot, 1995, p. 559)^{ix}.

Los factores culturales, la edad y el sexo, influyen en las manifestaciones de la enfermedad. En primer lugar, se resalta que anorexia y bulimia son patologías de la alimentación que someten especialmente a las adolescentes y las jóvenes.

La edad puberal y adolescente es, sin duda, el principal factor **individual**^x de riesgo. Los cambios corporales de esta etapa del desarrollo obligan a fijar la atención sobre el propio cuerpo y a integrarlo en la autoimagen general tras su imprescindible evaluación. Es ése el momento en que el adolescente compara su imagen (mental) corporal con el modelo estético corporal vigente en su medio social, modelo que asume plenamente, anhelando y procurando que su cuerpo, (...) se aproxime máximamente a aquél. (Toro, 2008, p. 10).

La Asociación de Lucha Contra Bulimia y Anorexia (ALUBA) realizó en 2006 un estudio en escuelas secundarias de toda Argentina sobre los trastornos alimenticios. Como resultados obtuvo que en la Argentina 1 de cada 10 adolescentes mujeres sufre estos trastornos, esto hace de la Argentina el segundo país en el mundo –después de Japón– con los índices más altos de casos de bulimia y anorexia. El estudio señala además que el pico de edad en que más casos se detectan es entre los 14 y 17 años, aunque destaca que cada vez hay más chicas con bulimia y anorexia al momento de comenzar el secundario, es decir, alrededor de los 12-13 años.

En relación al sexo, según *DSM-IV* más del 90% de los casos de estas patologías se observa en el sexo femenino^{xi}, tal vez porque tienden más que el varón a identificarse con su propio cuerpo.

Enrique Valiente, en su artículo “Anorexia y bulimia: el corsé de la autodisciplina” (2008), señala que la adolescencia es un periodo de grandes transformaciones no sólo fisiológicas –como señala Josep Toro- sino también conductuales, cognitivas y emocionales, donde la imagen corporal se encuentra en pleno cambio. En este proceso de reconocimiento del cuerpo y conformación de un nuevo esquema corporal, la propia aceptación del joven dependerá, en gran medida, de los criterios legitimados por los grupos de

pertenencia: la experiencia corporal emerge de la recreación de la realidad corporal, proceso de reelaboración entre ideas y significados socialmente contruidos, y la apropiación del propio cuerpo.

A pesar de la abundante literatura y estudios empíricos realizados, las causas que pueden originar estos trastornos siguen manteniendo un velo enigmático para los especialistas. Estos concuerdan en afirmar que en el origen de la enfermedad pueden citarse diversas causas, tanto de orden individual, familiar, como culturales, las diferencias surgen fundamentalmente en la asignación de pesos relativos a cada una de estas variables según los enfoques teóricos.

DSM-IV señala que, de entre los síntomas dependientes de la cultura, la anorexia nerviosa se manifiesta con más fuerza en las sociedades industriales, en las que abunda la comida, y en las que estar delgado se relaciona estrechamente con el atractivo corporal, especialmente en las mujeres. Incluso, hace notar que “Las personas que proceden de culturas en las que la anorexia nerviosa es poco frecuente^{xii} y que se trasladan a lugares donde este trastorno es más prevalente pueden presentar la enfermedad cuando han asimilado el ideal de que el cuerpo delgado significa belleza” (Pichot, 1995, p. 556).

(...) aunque la motivación inicial no haya sido narcisista, una vez instalado el cuadro encuentra un soporte de mantenimiento en el formato que la cultura idealiza para la identidad femenina actual: un cuerpo delgado con aspecto adolescente que aporta una fuerte ganancia narcisista interpersonal. (Dio Bleichmar, 2000, párr. 41).

El patrón sociodemográfico que recibe el mayor efecto de los mensajes de búsqueda de perfección corporal y se traduce en trastornos de la conducta alimentaria nos habla de mujeres adolescentes y jóvenes, occidentales, pertenecientes a niveles socioeconómicos medios y medios-altos^{xiii}. La exigencia es no comer pudiendo hacerlo, privación acorde con las exigencias del nuevo esquema corporal legítimo: la primacía de la delgadez. Más paradójico aún si tenemos en cuenta el discurso paradigmático de ésta época: el del consumo ilimitado.

La salud y la enfermedad no se encuentran al resguardo de los avatares de la historia, muy por el contrario, son fenómenos atravesados por la historia política, social y económica propia del contexto en que se desarrollan.

La actualidad del cuerpo y la belleza como valores

La idea que el hombre se hace de lo bello se imprime en todo su porte.

Charles Baudelaire

La corporalidad no comienza ni termina en nuestra piel. Más allá del crecimiento biológico, el cuerpo se inscribe en coordenadas espacio-temporales específicas: necesita el espacio y el tiempo para moverse y desarrollarse, construirse y representarse. Así, el cuerpo se hace identificable, se convierte en un territorio marcado, definido. Refleja la puesta en acción de las pasiones y de la sociabilidad: convergencias, tensiones, conflictos, distinciones, características todas de un orden social determinado que legitima unas formas del cuerpo pero, a la vez, las deja implícitas, callando sus formas de construcción. En este sentido, para Michel Feher “la historia del cuerpo humano no es tanto la historia de sus representaciones, como la narración de

sus modos de construcción. Pues la historia de sus representaciones se refiere siempre al cuerpo real considerado una entidad” (Feher, 1991, p. 12). Aquí, se nos plantea el reto ineludible de rastrear cómo nos hemos constituido históricamente en esta entidad-cuerpo que también somos, esto nos lleva a intentar reconstruir la historia de nuestra corporalidad.

Con este propósito, es que intentaremos mostrar un panorama de las narraciones y relaciones que históricamente se han ido tejiendo en torno a las concepciones del cuerpo y las representaciones de la belleza corporal. Aquí sólo nos aproximaremos someramente a una narración de la historia del cuerpo caracterizando desde la teoría, algunos aspectos de esa caleidoscópica, cambiante e inacabable historia.

En el intento de aclarar cómo se transforma el cuerpo en un medio que comunica y justifica determinadas formas de “apariencia legítima”, entenderemos el cuerpo como un conjunto de elementos biológicos y simbólicos que se encuentran en continua interacción con lo sociocultural y en continuo devenir. Así, analizaremos las representaciones del cuerpo como producciones sociales, en términos de “tecnologías del cuerpo”, que se ponen en juego para elaborar el imaginario de belleza física occidental contemporáneo.

Este recorrido debería llevarnos a mostrar una posible relación tiempo actual y belleza corporal, –o, si se quiere, una acotada historia del cuerpo y su relación con la belleza, “pues el cuerpo tiene una historia física, estética, política, ideal y material” (Perrot, 2009, p. 51) – permitiéndonos elaborar una conclusión sobre la valoración o los significados que se le otorgan.

Por otro lado, puesto que desde antaño el “segundo sexo” es sinónimo de “bello sexo”, analizaremos aquí la belleza como «tecnología de lo femenino» ya que “también el género, en tanto representación o auto-representación, es el producto de variadas tecnologías sociales -como el cine- y de discursos institucionalizados, de epistemologías y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana”. (De Laurentis, 1989, p. 8). Así, veremos cómo, especialmente desde el Renacimiento, la belleza se define en femenino, “hasta el extremo de parecer su culminación, lo que profundiza [en la Modernidad] el nuevo auge de lo sensible y del gusto”. (Vigarello, 2005, p. 28).

Desde la antigua concepción platónica del cuerpo como *cárcel del alma*, a la actual *vedettización* de la televisión, los cánones consumistas de la publicidad y la masificación de los productos para el “perfeccionamiento” de la estética corporal, los sentidos y valoraciones del cuerpo han sido plurales. El cuerpo, siendo *el mismo*, no es *lo mismo*, por lo que intentaremos definir de dónde viene la importancia otorgada a la apariencia corporal, cuál es el alcance de tal significación, cuál su grado de utilidad o, bien, qué necesidades ha buscado satisfacer y qué tipo de bienestar proporciona.

El cuerpo cambia en su apariencia física, en las representaciones colectivas, en sus funciones, en su adaptación a diversos medios. El cuerpo nos cuenta un relato, una “historia lenta” en palabras de Jacques Le Goff, “historia lenta que es, en profundidad, la de las ideas, de las mentalidades, de las instituciones e incluso de las técnicas y de las economías, le da un cuerpo, el cuerpo” (Le Goff, 2005, p. 145). Desde la Alta Edad Media este relato comienza a acelerarse con el desarrollo, especialmente, del estilo de vida burgués –la moda y el naciente individualismo–, hasta revolucionarse, por ejemplo, con los avances médicos del siglo XIX.

Intentemos, entonces, acercarnos a examinar cómo se construyeron algunas de las creencias y supuestos sobre los que descansan las actuales representaciones y conceptualizaciones sobre la corporeidad.

Configuraciones del cuerpo: esbozo histórico del Medioevo a la Era del consumo

... cada sociedad impone al individuo un uso rigurosamente determinado de su cuerpo.

Claude Lévi-Strauss

Muchas de nuestras actuales representaciones en torno a lo corporal se elaboraron en el Medioevo. Efectivamente, es en la Edad Media que “se instala este elemento fundamental de nuestra identidad colectiva, el cristianismo, atormentado por la cuestión del cuerpo, a la vez glorificado y reprimido, exaltado y rechazado” (Le Goff, 2005, p. 29). Para Le Goff, especialmente en esta época, el cuerpo es “el lugar de una paradoja”: por un lado, el cristianismo, reprime, niega y condena al cuerpo –las prácticas a él relacionadas, incluso el aseo personal, y sus manifestaciones–, pero, por otro lado, la encarnación de Dios en el cuerpo de Cristo, su hijo, hace de aquel lugar terreno un habitáculo sagrado y místico. Así, el cuerpo y la belleza externa eran condenados por la Iglesia por principios de índole moral: su fugacidad terrenal y su asociación al placer, las pasiones y los vicios, los convertían en fuente de peligro inminente para la corrupción moral.

Con todo, David Le Breton en *Antropología del cuerpo y Modernidad*, sostiene que el cuerpo en la sociedad medieval no se distinguía del hombre, en el sentido de que el cuerpo no era, aún, un factor de individuación: el hombre medieval, e incluso el renacentista, está íntimamente unido al cosmos, su arraigo físico le otorga identidad en el marco de una estrecha red de relaciones con la comunidad y con el universo de significantes que ordenan su mundo. Ejemplo paradigmático de esta íntima relación es la fiesta popular medieval, especialmente el carnaval, en el que toda la comunidad participa de un estado común de liberación de las pulsiones, entremezclamiento de los cuerpos, celebración de la existencia física, pasional, terrena.

David Le Breton señala que ya en el Renacimiento, y con el nuevo sentimiento de ser un individuo, el cuerpo se convierte en “factor de individuación”, marcando la diferencia entre un hombre y otro. Así, en la apariencia y la ornamentación del cuerpo, se encuentra no sólo un signo de distinción social, sino también el placer de la vista y de la diferencia. Es con el individualismo y la cultura erudita de la modernidad cuando se introducirá la separación demarcadora, el cuerpo comenzará a verse como un “objeto”, analizado como entidad independiente del hombre, e irá adquiriendo una importancia social cada vez mayor, así, “el cuerpo será propiedad del hombre y no más su esencia” (Le Breton, 2008, p. 29). La concepción del sujeto comienza a transformarse fundamentalmente desde el Renacimiento: el comerciante se convierte en el prototipo de individuo, sus intereses personales son el móvil principal de sus acciones. Al no estar ya fundamentalmente regido por la preocupación por su comunidad y por el respeto a la tradición, lentamente el individuo se convierte en el lugar autónomo de elecciones y valores. Esta

autonomía de los sujetos se acentúa sobre todo en los sectores burgueses, generando una proliferación de intereses privados que terminan por dinamitar los marcos sociales y económicos del Medievo.

La genealogía de nuestro cuerpo –moderno en su fundamento: instrumental, calculado, racionalizado, pero romántico en sus fines: sensualista, erógeno- se configura como correlato de las normas y actitudes propias de la vida de la burguesía que, ávida de bienestar terrenal, estimula constantemente el cambio y la diferenciación de las formas propias y de los otros. Sus valores, sistemas de significación, gustos, normas de vida históricamente constituidos, son fundamentales en esta irrupción de lo que aparece, en la constitución del placer de la vista y la diferenciación. Así, el Renacimiento simboliza –en especial para la mujer- un período dinámico y de iniciativa en el que se dictan las leyes de la moda, se utiliza la cosmética, se dedica especial atención al cuidado del cabello y, en suma, se adapta el cuerpo a esa grandeza floreciente de la burguesía. El cuerpo comienza a configurarse entonces como *fantasma*, como objeto fetiche de lo que aparece para la contemplación y la manipulación.

Esta búsqueda de goce a través del cuerpo se configura también a partir de un nuevo sentido de la duración humana ante la actitud profana de separación de la vida divina y la terrenal, por la que termina produciéndose la disociación entre lo eterno y lo perecedero. Desde el Siglo XIV y, espectacularmente, en el Siglo XVII con la filosofía mecanicista, la reflexión sobre la naturaleza y el poder, libera al hombre de la autoridad de la iglesia y lo trascendente para situarse en la perspectiva del hombre y su razón. Así, siguiendo a Lipovetsky, se intensifica una nueva sensibilidad colectiva teñida por el sentido de la fugacidad terrestre. La pena por envejecer, la nostalgia por la juventud, la toma de conciencia de la inminencia de la muerte favorecerán la búsqueda acelerada de placer, traduciéndose en la exasperación del deseo de disfrutar de los placeres terrenales.

En el Siglo XVII, con la recomposición de las ciudades, comienza a crearse y consolidarse una “estética pública”, ejemplificada con el pavoneo de domingo en los paseos y las plazas^{xiv}; “se impone una belleza más cotidiana, una práctica de lo notable, un trabajo sobre la mirada y la curiosidad que renuevan el propio contenido de la urbanidad” (Vigarello, 2005, p. 62). Por el cuerpo se pronuncia una misteriosa interioridad que aun cuesta definir, ese “no sé qué” atribuido a los ojos y la mirada, que más adelante se vinculará a la gracia, al porte, al movimiento. Se va instalando una apariencia, aunque todavía literalmente encorsetada, más dirigida por la voluntad, un cuidado corporal más esmerado que se expresa en detalles cuidadosamente razonados: polvos, empleo de cosméticos, lunares artificiales, perfumes.

Ya en el Siglo XVIII, el cuerpo naturalizado y desencantado del orden cósmico, se hace notar en términos de una “belleza individualizada” matizada y amplia, comandada por lo sensible y lo relativo. Es que tras la Revolución Francesa, el movimiento romántico se hace sentir también en la configuración de los cuerpos desde una interioridad extendida por una belleza pagana: una belleza más artificial y sensual. La moda, la tez blanca, la mirada melancólica, el despliegue del maquillaje –cejas realzadas, consumación del *rouge*, ojos enmarcados en negro-, colaboran a trabajar y profundizar los encantos.

Las nuevas ocupaciones y actividades de la mujer, inéditas “libertades”, recrean su presentación ante la sociedad y van imponiendo nuevas disposiciones y posiciones del cuerpo que debe adaptarse con eficacia a la

actividad. Se instala un nuevo “modo de andar”, más fluido, se establece “una belleza activa, movida, ávida de ejercicios y agitación”. (Vigarello, 2005, p. 153). Esta “feminidad ostentatoria” instaura una revisión cultural transgresora pero sin anular la dominación masculina y la perspectiva del “bello sexo”, aquel que existe para ser observado, deleitar y dar a luz. La estética femenina sigue aprisionada, las carnes son aún sostenidas por el corsé^{xv}.

Ya hacia fines del Siglo XVIII se difunde una estética erotizada en la que el cuerpo, como polo de atracción, a través del vestido pegado deja entrever sus líneas y emanar y sugerir las fuerzas del deseo^{xvi}.

Entrando el Siglo XIX, mecanismos de la economía y el mercado ayudarán al afincamiento de estas transformaciones en torno a los conceptos de lo corporal, sobre todo para la mujer, pero también –y cada vez más- para los hombres. Se producen y comienzan a implementar masivamente innovadores artículos y servicios del mercado que terminarán afincando los principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones de la corporalidad legítima contemporánea: aparecen las grandes tiendas de compras; se profundiza la investigación médica, biológica y farmacéutica para el desarrollo de trasplantes, implantes y otras intervenciones que corrigen y modifican el cuerpo; se popularizan revistas de salud y de moda; se instala el uso corriente de productos para la estética y la higiene corporal –que conlleva el uso nuevas expresiones como “productos y cuidados de belleza”-. Se va implantando así una vasta oferta, claramente definida y organizada por el mercado y las industrias, que, sumada a la jovialización de la sociedad y la hibridación tecnológica, han signado las tradicionales definiciones del cuerpo, encargándose de establecer un importante cambio en su interpretación: éste deja de entenderse como organismo natural-biológico –que se encuentra en relación con el mundo y la cultura- para definirse como partes que se adornan, se preparan y se transforman para su exhibición y eficacia.

Los desarrollos del mercado en combinación con ciertos mecanismos de persuasión consumistas –como el cine, la publicidad, las ofertas de ocio, espectáculo y diversión– y la configuración de una nueva forma de estar en el mundo, terminan de elaborar la representación de un cuerpo-vitrina, cuerpo como escaparate que necesita ser mostrado y presentado a la sociedad como realizador de un modelo perfecto y estándar a interiorizar: “la perfección que se ofrece como natural es el resultado de un complejo proceso industrial coordinado”. (Valiente, 2008, p. 71). En este sentido lo menciona Teresa De Laurentis, al hacer referencia a las conclusiones de algunas teorías feministas sobre el cine:

(...) acerca de la sexualización de la estrella femenina en la narrativa del cine y analizando las técnicas cinemáticas (iluminación, encuadre, edición, etc.) y los códigos cinemáticos específicos (por ejemplo, el sistema de la mirada) que construye a la mujer como imagen, como el objeto de la mirada voyeurista del espectador; y habían desarrollando un relevamiento y una crítica de los discursos psico-sociales, estéticos y filosóficos que subyacen en la representación del cuerpo femenino como el sitio primario de la sexualidad y del placer visual. (De Laurentis, 1989, p. 20).

Esta estética de la delgadez se asocia particularmente al establecimiento de un producto del mercado burgués que cambiará la percepción misma sobre el cuerpo: el armario con espejo. Este elemento configura un nuevo escenario en

que el cuerpo puede ser vigilado atentamente. En los sectores más privilegiados se multiplican las vistas, se instaura una observancia de cuerpo entero, franqueando nuevos espacios de lo íntimo, tendencia reafirmada, a su vez, por la institución del baño o *toilette* como espacio de privacidad de la elite, y la instalación en éste —el lugar más privado de la casa— de dos elementos indispensables para mensurar el cuerpo: el espejo del cuarto de baño y la balanza. Hacia 1880, se reafirman en estas prácticas y miradas una consolidación del individuo autónomo y nuevas instancias de su intimidad: “uno puede finalmente abandonar momentáneamente su apariencia social para contemplarse en su total desnudez”. (Ariès y Duby, 2001, p. 278).

Por otro lado, Michelle Perrot en *Mi historia de las mujeres* (2009) esboza las implicancias del pasaje del matrimonio arreglado por las familias, mayoritariamente contra la voluntad de las mujeres, al matrimonio por amor, ligado al consentimiento de los esposos. Asevera que este “síntoma certero de la individualización” de hombres y mujeres, que “anuncia la modernidad de la pareja”, complejiza los términos del intercambio amoroso ya que emergen la belleza y la atracción física como factores para desear a una muchacha. Así, la belleza de una joven constituye un *capital* en el *intercambio* amoroso: para lograr el matrimonio, la joven debe ser cautivante *para* el hombre, debe conquistarlo. Como vemos, las coordenadas simbólicas de la burguesía y el individualismo se inscriben y van moldeando las representaciones del cuerpo que, como supuesto templo al que hay que sacralizar y cuidar, las reproduce en sus prácticas íntimas y sociales. Ambrose Bierce en su *Diccionario del Diablo*, pone al descubierto estas pretensiones, desenmascarando el significado del término “Señorita”, en su homónimo inglés “Miss, s.”, al que define como: “Título con que marcamos a las mujeres solteras para indicar que están disponibles en el mercado” (Bierce, 2007, p. 139).

A comienzos del Siglo XX nos encontramos ante una novedad importante en la estética física: al cuerpo se asocia un arte de embellecer que se adapta y aplica a través de aparatos eléctricos y masajes, el cuerpo se somete a precisas aplicaciones correctivas, es intervenido por la técnica y la instrumentación. Se reafirma el nuevo clima estético, asociado a la máquina y la técnica, “arranca la época definitiva de la estética industrial” (Eco, 2007, p. 394). Todo tiende a ser más agradable a los ojos, las formas se trastocan, ya no se desarrollan enteramente a favor de la función que han de cumplir sino a favor de la seducción, lo que para Eco se traduce en una “lucha entre *design* y *styling*” (Eco, 2007, p. 394). Por esta tensión entre empleo y hermosura en la creación, se habla ahora de “máquinas célibes”, máquinas bellas que carecen de función o tienen una función absurda, “arquitecturas del despilfarro”, destinadas a ocultar bajo el signo de la belleza al dolor, los miedos o la muerte. Así, el cuerpo también se cosifica y desintegra, el hombre deja de ver su cuerpo en conjunto para funcionar en tanto cuerpo-mano, cuerpo-ojo, cuerpo-boca, cuerpo-sexo, cuerpo-órgano. En un cuerpo que se fragmenta y manipula, la dimensión de integralidad y unidad de la experiencia corporal se desdibuja. Podría decirse que este “cuerpo rompecabezas” es una complicada revisión del mecanicismo que, en su funcionamiento y realidad, está basado en lo anatómico: “Cuerpo supernumerario al que el hombre le debe la precariedad y al que quiere volver impermeable a la vejez o a la muerte, al sufrimiento o a la enfermedad” (Le Breton, 2008, p. 249). Lo que queda del cuerpo es una disposición técnica de funciones sustituibles, un conjunto de

engranajes que incluso pueden intercambiarse para asegurar su “orden”. Así, este acento en lo técnico y lo científico sustrae la dimensión simbólica que une al hombre con su cuerpo, coloca al hombre en una posición de exterioridad respecto de su propio organismo: el nuevo dualismo es la oposición hombre-cuerpo.

Si la “desgracia” de ser fea había sido desmentida en el Siglo XIX, en el Siglo XX se ha vuelto sinónimo de debilidad de carácter: todas las mujeres pueden ser bellas, ahora es cuestión no sólo de vestimenta, maquillaje y cosmética, sino de decisión. El embellecimiento ya no es sólo un conjunto de prácticas diversificadas y generalizadas^{xvii} sino un proyecto: “la belleza cada vez es menos un don y cada vez más un trabajo, cada vez menos un destino y cada vez más un proyecto que se expande y se fabrica” (Vigarello, 2005, p. 242). Termina por desarrollarse lo que Michelle Perrot llama “ética de la belleza”: el embellecimiento es un *deber* que interpela a la mujer a ser responsable protagonista y autora de su imagen. Ante el cumulo de técnicas y estrategias que la mujer puede, debe y quiere desplegar, hoy no habría ya “derecho” a ser fea. Es así que, como decíamos, la apariencia es placer pero también tiranía. Culpabilidad y menoscabo de la autoestima son consecuencias de no poder realizar el objetivo trazado por la sola voluntad.

El cuerpo, por el que se vehiculizan los deseos de éxito y prestigio, se convierte, finalmente, en signo de distinción social e indicador de capital cultural. Las celebridades del cine y la televisión llegan a todos los hogares, nos recuerdan la posibilidad del pasaje directo del infierno de la comida y la gordura al paraíso de la delgadez, el éxito y la celebridad por el sólo control regulativo del cuerpo ejercido por la propia voluntad –a través del consumo de la industria de la salud y de la moda, o del no-consumo, la restricción alimenticia, el imperativo de adelgazamiento-. Función modélica de estas mostraciones, retórica hiperbólica que emerge de un imaginario de “lo absoluto”: la delgadez es el medio para acceder a la belleza, y la belleza es sinónimo de éxito. Se vive en función de la transformación personal, evitando todo desmán corporal. Se crea la ilusión de que el sujeto delgado es un sujeto autodisciplinado, una persona autoregulada.

El cuerpo se concibe como una propiedad modificable, superficie de experimentación subjetiva y científica, el habitáculo de un yo que resurge para exhibirse. El cuerpo se construye como “lugar de producción industrial de signos y de diferencias, movilizad bajo el signo de la seducción programática” (Baudrillard, 1992, p. 131). Así, como lo señala la antropóloga Paula Sibilia, es imposible hoy desdeñar los lazos incestuosos que amarran lo corporal al proyecto económico, cultural y político del capitalismo, régimen histórico que necesita de la producción de ciertas subjetividades-corporalidades para abastecer sus engranajes, mientras repele activamente otros. Este cuerpo que se expone en la cultura consumista es, a la vez, objeto y vehículo principal del deseo hacia el consumo. La mirada de los otros, masa amorfa e indefinida cuyo destello creemos que nos sigue, sirve hoy para legitimar determinadas configuraciones simbólicas y prácticas sociales que tienen que ver con un cuerpo producido por y para el mercado -el *fitness*, las pasarelas, la moda, los concursos de belleza, el deporte– que se nos presenta como “forma general de un equipo para volver a los individuos dóciles y útiles, por un trabajo preciso sobre su cuerpo” (Foucault, 1989, p. 233). Lo remarca Soldevilla Pérez (2001), al señalar que, de esta forma, desde el mercado se ha descubierto cómo

maximizar las ganancias a través del engarce de la oferta con el deseo singular y hedonista del demandante, generando así un nuevo dispositivo de integración social, a saber, la adaptación a través de la satisfacción del deseo individual a los cánones cultural y económicamente establecidos.

Este proyecto fundado en la “producción de individuos” nos recuerda al soldado ideal, aquel que reconocemos desde lejos por su porte y su marcha; “cuerpo dóciles” o manipulables, que pueden ser transformados y perfeccionados.

Cuerpo ultra-estético y neo-narcisismo: implicancias antropológicas

Ya no: existo, estoy aquí; sino: soy visible, soy imagen –look, look!-.

Jean Baudrillard

Narciso, mitológica figura embelesada por su propia imagen, es el símbolo de la post-Modernidad. Es él quien representa los valores de nuestra época.

El narcisismo identifica a la apariencia con el nacimiento de un nuevo individuo en relación con su cuerpo, con el mundo, con los demás y, por tanto, consigo mismo. Es un individuo guerrero: combate los signos del paso del tiempo y la degradación a través de variada e innovadora artillería: cirugías, controles, masajes, saunas, deportes, baños solares, terapias, regímenes de adelgazamiento. La lucha es contra la adversidad temporal, por una identidad que hay que conservar joven, dinámica, sana y bella.

Los nuevos mitos del cuerpo -la juventud, la apariencia, la salud, la resistencia y adaptabilidad física, la seducción-, remiten a la constelación de signos que se emiten desde el mercado de bienes de consumo y los medios masivos de comunicación, en especial, la publicidad y el mundo de las *celebrities*. Para Baudrillard, hay una exaltación dirigida y funcional del cuerpo y la belleza en cuanto signo de valor: un “narcisismo dirigido” a la estética funcional de un cuerpo sometido indistintamente tanto a un ideal de perfección como a la imposición de la sociedad de adecuarse a él, asediándonos para amarnos a nosotros mismo bajo las reglas del orden económico-social y, agregaríamos, de una nueva moral: la del exhibicionismo. En *El cuerpo o el osario de los signos* (1992), Baudrillard señala que esto pone al sujeto en la responsabilidad de valorar y utilizar el cuerpo como un conjunto de signos meditados y mediados por los modelos de masas y en acuerdo a un organigrama de prestigio. El cuerpo es una puesta en escena del cuerpo mismo objetivado y de la seducción narcisista que juega con las marcas y signos de la erogenidad para constituir un “neo-narcisismo” unido a la manipulación del cuerpo y la belleza como *valores*.

En el ideario colectivo de la sociedad occidental contemporánea prima la idea de un cuerpo-mercancía, de un cuerpo que, en palabras de Baudrillard, se ha convertido “en nuestro más hermoso objeto de consumo”. Un nuevo narcisismo se instala en las prácticas y preocupaciones cotidianas: la vigilancia del funcionamiento del cuerpo y su estética. El cuerpo, en cuanto valor estético actual, es el de una belleza de la apariencia y de la relación social. Pero “la visibilidad es una trampa” (Foucault, 1989, p. 204): se desarrolla aquí una especie de panoptismo^{xviii}, es esa mirada no explícita, no directa, pero siempre presente, la mirada social que existe –simple pero contundentemente– como estructura, como imperativo que constriñe y vigila. El poder del panóptico-

estético es inmenso, “Gracias a sus mecanismos de observación, gana en eficacia y en capacidad de penetración en el comportamiento” (Foucault, 1989, p. 208), tanto que las prisioneras del ideal estético llegan a controlarse a sí mismas por temor o incertidumbre de ser vistas.

(...) poder disciplinario se ejerce haciéndose invisible; en cambio, impone a aquellos a quienes somete un principio de visibilidad obligatorio (...) En la disciplina, son los sometidos los que tienen que ser vistos (...) El hecho de ser visto sin cesar, de poder ser visto constantemente, es lo que mantiene en su sometimiento al individuo disciplinario. (Foucault, 1989, p. 192).

Los valores estéticos socialmente imperantes reproducen las piezas del narcisismo en la estructura de la moda, aquella que no tiene contenido propio sino que se ha configurado en Occidente como “un dispositivo social caracterizado por una temporalidad particularmente breve, por virajes más o menos antojadizos, pudiendo afectar a muy diversos ámbitos de la vida colectiva” (Lipovetsky, 1990, p. 24). La inteligibilidad de esta cadena de variaciones ininterrumpida y homogénea, pasa por la magia de las apariencias. En este sentido, Lipovetsky, remarca cómo la moda reelabora el placer de ver y lo instala en la apreciación del espectáculo de los demás, pero, también, de la autoobservación. Es un aparato que genera juicio estético y social, encomiando el placer de ver y el placer de exhibirse para ser mirado. La moda anima a ocuparse de la imagen, a ocuparse de la originalidad o de la elegancia.

La moda se configura, a su vez, en una yuxtaposición de estilos singulares donde los cánones de la apariencia proliferan y se fragmentan. Se venera el cambio, la constante renovación en un presente continuo; “De aquí que todo tiene la posibilidad de ser moda: el desaliño, lo sucio, lo desgarrado, lo descuidado, lo usado” (Gervilla, 2000, p. 119). El objetivo es seducir, ser visto, sorprender, expresar libertad e inconformismo, es decir, romper con la tradición, ser más actual que el “ahora”, ser joven o vivir como si se lo fuera. “Primer gran dispositivo de producción social y regular de la personalidad aparente, la moda ha estetizado e individualizado la vanidad humana, ha conseguido hacer de lo superficial un instrumento de salvación, una finalidad de la existencia” (Lipovetsky, 1990, p. 42). Baudrillard introduce en este respecto una distinción. Para él, en la moda se puede jugar con todos los límites -con todas las tendencias y combinaciones, incluso entre el kitsch y lo clásicamente definido como bello- pero aquello que le presenta el límite absoluto es la distinción gordura/delgadez, puesto que la esbeltez no da salidas de expresión a su signo opuesto.

Hoy la belleza no podría ser gorda o delgada, pesada o esbelta como podía serlo en una definición tradicional basada en la *armonía de las formas*. Sólo puede ser delgada y esbelta, según su definición actual de lógica combinatoria de signos, regida por la misma economía algebraica que la funcionalidad de los objetos o la elegancia de un diagrama. Y hasta será magra y descarnada en el perfil de los modelos y las modelos que son, al mismo tiempo, la negación de la carne y la exaltación de la moda.^{xix} (Baudrillard, 2007, p. 172).

En nuestra sociedad, occidental contemporánea, la constitución de la identidad no está anclada en la memoria en tanto resignificación del pasado individual-social o la proyección imaginaria hacia un futuro, sino que tiene que ver más bien con la necesidad de una “memoria instantánea”, una identidad publicitaria

que puede comprobarse al momento. A esto hace referencia Baudrillard cuando desarrolla el concepto de "Look". Lo que hoy se busca es "una expansión efímera, higiénica y publicitaria del cuerpo –mucho más una *performance* que un estado ideal. En términos de moda y apariencias, lo que busca ya no es tanto la belleza o la seducción como el *look*" (Baudrillard, 1991, p. 29-30).

Para Baudrillard, siguiendo su "lógica del simulacro", el *look* no tiene que ver ya con el narcisismo sino con un acto de apariencia, puesto que ya no es posible definirse por la propia existencia. Hay una apariencia que se puede lograr a través de ciertas técnicas: la vestimenta, el maquillaje, la cosmética en general. Siempre en relación con el régimen de la mirada, la mirada propia y, particularmente, la del otro: el privilegio concedido a la visibilidad otorga al *look* su reconocimiento, su estatus de referencia cultural.

La representación social del cuerpo conjuga hoy mimetismo e individualismo y se manifiesta con fuerza en la apariencia: el *look* obra en una normalización del cuerpo que obedece a los imperativos sociales, hay presiones sociales por las cuales el individuo se identifica con los demás, intentando ser él mismo: se juega a ser diferente pero sin creer en la diferencia. Para Baudrillard ésta es la "lógica de la indiferencia".

El narcisismo de hoy "está hecho del trabajo sobre uno mismo, de la búsqueda de una personalización de la relación con el mundo por medio de la valoración de los signos de la vestimenta, de ciertas actitudes, pero también, y especialmente, de signos físicos" (Le Breton, 2008, p. 166). Así, el nuevo narcisismo es una ideología del cuerpo, un discurso que nombra cierto control social no manipulado sino nacido de la creencia de ser elegido libremente por el sujeto en un ambiente que hace converger las elecciones de los sujetos hacia prácticas, objetos, servicios y discursos idénticos. El sujeto no se percata del impacto de las exhortaciones de lo social sobre sí mismo, cree que es un impulso interno el que lo guía en el ejercicio de su libertad de elección y de acción.

El cuerpo ahora existe por sí mismo, la dicotomía cuerpo vs. alma se ha esfumado. La conciencia del cuerpo se ha vuelto en finalidad para el neo-narcisismo: el cuerpo *debe* situarse en la órbita de la liberación estética, sexual, sanitaria, dietética. Se libera el cuerpo de los tabúes tradicionales y se lo anuda a nuevas normas sociales: se adhiere a la moda, al cambio, a lo nuevo. El movimiento del espíritu por alcanzar "la forma" ya no el movimiento hacia el mundo de las ideas platónicas, de amor a la sabiduría. "La forma" es "la línea" esbelta, joven, dinámica, innovadora, desnuda o semi.

Ante este nuevo imaginario del "cuerpo liberado" –que se hizo presente desde los años sesenta con las nuevas legitimidades físicas y sexuales–, David Le Breton denuncia el surrealismo inconsciente de las prácticas y los discursos que surgieron para transformar radicalmente los antiguos marcos sociales dado que:

La imaginación puede perderse largamente en este relato fantástico en el que el cuerpo se "libera" sin que se sepa bien en qué se convierte el hombre (¿su dueño?) al que, sin embargo, le confiere su consistencia y su rostro. En este discurso el cuerpo está planteado no como algo indiscernible del hombre, sino como una posesión, un atributo, otro, un *alter ego*^{xx}. El hombre es el fantasma de este discurso, el sujeto supuesto. La apología del cuerpo es, a pesar suyo,

profundamente dualista, en tanto opone al individuo y su cuerpo. (Le Breton, 2002, p. 10).

A medida que “se libera”, la mujer se ata cada vez más a su cuerpo. Así, aquella dualidad planteada por Descartes –*res extensa* y *res cogitans*- se invierte hoy en día; el cuerpo, en lugar de ser el signo de la caída, se convierte en una tabla de salvación. Se trata de un neo-dualismo, propio de la sensibilidad hedonista y narcisista del individualismo occidental contemporáneo. La cantidad de tratamientos de belleza, prevención de la caída del cabello, los innumerables métodos para mejorar el físico, un cuerpo reducido a su materialidad saludable, bella, higiénica, muestran que el hombre contemporáneo ha invertido ciento ochenta grados la dualidad cartesiana: es el físico lo que impera hoy sobre el pensamiento, “De manera abstracta, supone una existencia del cuerpo que podría analizarse fuera del hombre concreto” (Le Breton, 2002, p. 10).

Los individuos son, en general, conscientes y activos sobre el mantenimiento y la apariencia de sus cuerpos, aunque no siempre lo son sobre su significación psicosocial. Ponen en juego recursos personales y símbolos sociales que emiten directos mensajes sobre la vigencia del cuerpo como proyecto de identidad personal. Hoy, al establecerse una identificación mimética compulsiva con los cánones corporales socialmente establecidos se desarrollan personalidades alter-dirigidas, en contraposición a las anteriores más introspectivas e intimistas, “Entramos en la época del examen infinito y de la objetivación coactiva” (Foucault, 1989, p. 193).

La personalidad es, hoy más que nunca antes, sensualista: las construcciones de sí son orientadas hacia la mirada ajena o exteriorizada en el espejo. El placer adquiere su significado y su valor al adscribirse al sujeto a través de su imagen corporal, dignificando particularmente lo nuevo y la expresión de la individualidad.

Esta búsqueda de plenitud en la presencia descubre el cuerpo y el rostro como resguardo inequívoco de la existencia, aparece un tipo de yo más epidérmico y flexible, que se exhibe en la superficie de la piel, en los reflejos y en las pantallas.

En esta línea, y en especial para las mujeres, la delgadez -entendida como sinónimo de éxito y dinamismo- responde a expectativas sociales orientadas a la adaptabilidad y la eficacia, cualidades que vendrían a otorgar una nueva libertad. Se van desplegando las piernas como lianas interminables, levantando los peinados, imponiendo la altura: la metáfora del cuerpo se desplaza desde la flor a la imagen de tallo (Vigarello, 2005, p. 195). Josep Toro señala que “Los factores socioculturales forman parte indiscutible y principalísima de la etiopatogenia de la anorexia nerviosa. Aunque en otras épocas no haya sido así, en la actualidad pueden resumirse en el concepto de anhelo de delgadez” (2008, p. 10).

Cualquiera sea la naturaleza de la ansiedad desencadenada -pérdida de las referencias de apego primarias, retos de la sexualidad, colapsos del Yo ideal-, siempre le es posible a una adolescente mujer apelar al recurso del **perfeccionismo corporal a través de la búsqueda y mantenimiento [sic] de la delgadez como defensa narcisista universal de compensación ofrecida por los valores de la cultura actual.**^{xxi} (Dio Bleichmar, 2000, párr. 6).

Así, el cuerpo se constituye como santuario, lugar de culto, blanco de las más variadas técnicas y normas tendientes a configurar una nueva imagen de la belleza que se hace eco en otra forma de manifestarse del cuerpo: la enfermedad. La aparición de la enfermedad está impregnada de historia y cultura, así como también su valoración. Haciéndose eco de modelos ideales o imperativos de perfección corporal, inalcanzables pero persistentemente coercitivos, los trastornos de la anorexia y la bulimia se inscriben renovadamente en los cuerpos contemporáneos, configurándose aquellos como patologías epidémicas en la época actual.

En la medida en que las mujeres confrontan la propia aparición ante el espejo a un ideal físico y de estilo al que deben someterse, la imagen que aquel les devuelve es, antes que nada, tiranía: “el cuerpo y la imagen femenina se hacen tan imperativos y tiranos por lo que se le impone a ellos como demanda, ya que en todo momento son objeto de la mirada y del voyeurismo del hombre” (Dio Bleichmar, 2000, párr. 87). Pero, a su vez, manifiesta el lugar en que se da un juego sutil con el placer, una “celebración de lo femenino” en la apariencia. La polémica actual por el lugar y la preeminencia del cuerpo en nuestro tiempo nos lleva a preguntarnos por los sentidos que se le otorgan: ¿de qué manera las mujeres ven y viven la imagen de sus cuerpos?, ¿la aceptan?, ¿la rechazan? O, en todo caso, ¿cuál es el valor que le atribuyen a su imagen ante el espejo?

Bibliografía Selectiva

- Baudrillard, J. (1991). “Transexual”, en: *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*. Barcelona: Anagrama.
- ----- (1992). “El cuerpo o el osario de los signos”, en: *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas: Monte Ávila.
- ----- (2007). *La sociedad del consumo: Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bierce, A. (2007). *Diccionario del diablo*. Madrid: Edimat Libros.
- Dio Bleichmar, E. (2000). “Anorexia/bulimia. Un intento de ordenamiento desde el enfoque Modular-Transformacional”, en: *Aperturas psicoanalíticas: Revista de psicoanálisis*, N°4. Disponible en: www.aperturas.org/articulos.php?id=0000103&a=Anorexia/bulimia-Un-intento-de-ordenamiento-desde-el-enfoque-Modular-Transformacional
- Eco, U. (2007). *Historia de la belleza*. Barcelona: Lumen.
- Feher, M. [et. al.]. (1991). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Madrid: Taurus.
- Foucault, M. (1989). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gervilla Castillo, E. (2000). *Valores del cuerpo educando. Antropología del cuerpo y educación*. Barcelona: Herder.
- Le Breton, D. (2008). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Goff, J. y TRUONG, N. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama.

- Perrot, M. (2009). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pichot, P. (1995). *DSM IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: Masson.
- Rapaport, J. (2000). "Salud y Enfermedad", en: Pérez de Armiño, K. (Coord.). *Diccionario de Acción Humanitaria y cooperación al desarrollo*, Barcelona: Hegoa-Icaria. [On line]. Disponible en: <http://dicc.hegoa.efaber.net/listar/mostrar/199/>
- Soldevilla Pérez, C. (2001). "Sociología del cuerpo: una revisión analítica", en: Rodríguez Caamaño, M. J. (Coor.). *Temas de Sociología II*. Madrid: Huerga Fierros Editores.
- Toro, J. (2008). *El cuerpo como delito: anorexia, bulimia, cultura y sociedad*. Barcelona: Ariel.
- Valiente, E. (2008). "Anorexia y bulimia: el corsé de la autodisciplina", en: Margulis, Mario (Ed.); Ariovich, Laura (et al.). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Vigarello, G. (2005). *Historia de la Belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vincent, G. (2001). "El cuerpo y el enigma sexual", en: Ariès, Philippe y Duby, Georges. *Historia de la vida privada. Tomo 5. De la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días*. Madrid: Taurus.

ⁱ DSM, sigla del inglés "Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders" (*Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*), el número "IV" señala que se trata de la cuarta versión (y última a la fecha) que corresponde a 1994. El DSM-IV consiste en una clasificación de los trastornos mentales y descripciones de las categorías diagnósticas y sirve para que clínicos e investigadores de ciencias de la salud puedan diagnosticar, estudiar, intercambiar información y tratar los distintos trastornos mentales en base a un marco común.

ⁱⁱ CIE, sigla del inglés ICD, "International Statistical Classification of Diseases and Related Health Problems" (*Clasificación estadística internacional de enfermedades y otros problemas de salud*). Se trata de la lista de códigos utilizados para clasificar las enfermedades y una amplia variedad de síntomas, hallazgos anormales, denuncias, circunstancias sociales y causas externas de daños y/o enfermedades. Este sistema se ha generalizado a todo el mundo, la décima edición corresponde al año 1989.

ⁱⁱⁱ Ingesta desmedida y compulsiva de comida a la que comúnmente le sigue el sentimiento de culpa, llevando a la autoinducción del vomito.

^{iv} El resaltado es del texto original.

^v En mi tesis de licenciatura (2010) realicé un estudio sobre las representaciones del cuerpo y belleza femeninas en blogs de las comunidades cibernéticas de jóvenes anoréxicas y bulímicas, conocidas como Pro Anas y Pro Mias. Este trabajo se enmarca en el desarrollo de uno de los capítulos de esa tesis.

^{vi} La primera descripción clínica de la *anorexia nerviosa* data de 1694 y es atribuida a Richard Morton, pero es William Gull quien, recién en 1874, la bautiza con ese nombre. Gull destaca, entre otras características, la típica aparición de la anorexia en la adolescencia y su preponderancia en las mujeres. Por su parte, Charles Lasègue en 1873 es quien define la enfermedad en su estatuto psíquico, ilustrando especialmente la negación por parte de la enferma y su trastorno de la imagen corporal: "perversión mental que por sí sola es característica y que justifica el nombre de anorexia histérica que he propuesto, a falta de otro mejor" (Lasègue, 1990, p. 61).

^{vii} La diferencia fundamental en el criterio de diagnóstico entre DSM-IV y CIE-10 en relación a la anorexia es que en éste último la pérdida de peso en la anorexia debe ser autoinducida.

^{viii} Ingesta desmedida y compulsiva de comida a la que comúnmente le sigue el sentimiento de culpa, llevando a la autoinducción del vomito.

^{ix} En la clasificación de *CIE-10* queda justificado el que, con frecuencia, al hablar de trastornos alimenticios, se generalice haciendo referencia sólo a la anorexia dado que, por lo general, antes de llegar a desarrollar bulimia existen antecedentes previos de anorexia nerviosa.

^x El resaltado es del texto original.

^{xi} Cabe recordar aquí la etimología de la palabra “femenina”, en la que la raíz *dhei-*, significa chupar, amantar: la femineidad se refiere a la capacidad de la mujer de brindar nutrición a los hijos.

^{xii} Entre las culturas en las que es más frecuente que aparezca la anorexia *DSM* señala: Estados Unidos, Canadá, Europa, Australia, Japón, Nueva Zelanda y Sudáfrica. El estudio realizado por ALUBA en 2006 podría incorporar a la Argentina entre estos países.

^{xiii} Josep Toro en *El cuerpo como delito*, señala que entre la población indígena latinoamericana los casos de anorexia son infrecuentes pero se han visto incrementados a medida que la población ha ascendido en la escala social.

^{xiv} Se resignifica la expresión “ropa de domingo”, antes entendida como la utilización de la mejor ropa para ir a misa, ahora empleada para mostrarse al pasear (y ostentar).

^{xv} Tras variados intentos para mejorar su comodidad, el corsé se irá dejando en desuso justamente por la necesidad de ganar en flexibilidad. Más allá de los dictados de la moda, y dado que la estructura de la mujer era considerada “frágil” por naturaleza, el corsé satisfizo por muchas décadas la necesidad –considerada “orgánica”- de sostenimiento y asistencia. A principios del Siglo XX, el fin del corsé traerá otro fin como corolario: el de la mujer como decorado y su activa entrada en la funcionalidad de la escena pública y el trabajo.

^{xvi} Resulta interesante la hipótesis de Georges Vigarello, retomada de Alain Corbin, al remarcar los cambios producidos en Europa al adoptarse como práctica el veraneo en la playa. La ausencia del corsé en la playa y el vestir tajes de baño -cada vez más pequeños y más ajustados-, destapa definitivamente el cuerpo. Se instala el modelo norteamericano para Occidente, estableciendo la correspondencia entre éxito económico y estético. “La playa de fines de siglo reinventa los cánones” (2005, p. 172). *Cfr.* Vigarello, 2005, p. 171-173.

^{xvii} El embellecimiento se potencia por el abaratamiento de los productos de belleza y la masificación de las prácticas estéticas y quirúrgicas que han seguido los principios de la economía de mercado: los objetos de lujo debieron reducir sus precios –y su calidad, conjuntamente- para aumentar su difusión.

^{xviii} Foucault admite la generalización del funcionamiento del Panóptico y de su completa vigilancia: “debe ser comprendido como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones del poder con la vida cotidiana de los hombres” (Foucault, 1989, p. 208). El diagrama ideal del edificio del Panóptico diseñado por Bentham no debe ser entendido en sentido onírico: es el diagrama de un mecanismo de poder y su funcionamiento puede corroborarse actuando directamente sobre las personas, “es de hecho una figura de tecnología política que se puede y que se debe desprender de todo uso específico” (Foucault, 1989, p. 209). Para Foucault, el Panóptico es la base de la sociedad disciplinaria.

^{xix} Las cursivas son del texto original.

^{xx} Las cursivas son del texto original.

^{xxi} El resaltado es del texto original.